



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2022, Mónica Varea

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 335 0356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central © Santillana

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-583-0

Derechos de autor: 063388

Impreso en Ecuador por Grafitext

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2022

Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2023

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Coordinación editorial: Gabriela Tamariz

Edición: Gonzalo Mingorance

Ilustración: Guido Chaves

Corrección de estilo: Oswaldo Reyes

Diagramación: Luis Guerra

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



¡Qué papelón, Margarita!

Mónica Varea

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



loquelego



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Índice



La princesa reencauchada	9
La verdadera heroína	19
«De frente filo y de filo nada»	25
Una espinilla, dos espinillas, tres espinillas	33
El Increíble Hulk	41
¿Pastel o galletota?	47
Peripecias en Navidad	55
Francisco	65
Adiós, Santi, adiós	69
Pelo corto, ideas largas	75
El primo Rafa	81
¡Guácale!	85
Madre provinciala	101
Fiesta rosada, papelón rosado	113
Biografía	121
Cuaderno de actividades	123



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

La princesa reencauchada



La puerta del baño era una simple puerta, pero, para Margarita María Bernal Piñeyro, esa era la puerta de la tortura. Cada cierto tiempo, su mamá, doña Clotilde, y su abuela la obligaban a pararse muy recta junto al marco de aquella puerta y la medían sin piedad. Allí señalaban cuánto crecían o no crecían las hermanas Bernal Piñeyro. Margarita odiaba ver esas rayitas en la madera, una tras otra, sin avanzar.

—Solo medio centímetro —informaba la abuela con voz de pesar.

—¡No puede ser! —exclamaba la madre con voz de terror.

—Je, je, je —reía la malvada Celia con voz de payaso diabólico.

—¡Mídanme de nuevo! —rogaba Margarita con voz de súplica.

9



Recuerda las peripecias vividas
por Margarita Bernal.

Este fue durante mucho tiempo el cuento de nunca acabar, hasta aquel glorioso día en que la abuela cantó entusiasmada:

—¡Dos centímetros y medio!

10

Faltaba una semana para una entrada a clases que no sería como cualquier otra: ahora Margarita iría a secundaria. Su mamá ya le permitía rizarse las pestañas y, por si fuera poco, había crecido dos centímetros y medio. Esto era más de lo que había soñado.

En las gradas de su casa empezó a repasar la forma como llegaría al colegio: quería hacer una entrada triunfal. Se sentía distinta y deseaba que todos sus amigos y amigas notaran lo alta que estaba. Celia la vio repasando y le dio algunos *tips* para verse atractiva. Además le contó que en la secundaria la llamarían «señorita Bernal» y que ella podría escoger el lugar de la clase donde quisiera sentarse. Relató muchas cosas que aumentaron la ilusión de Margarita.

Ya solo faltaban cuatro días cuando Celia y su mamá se fueron de compras. Mientras la abuela dormía profundamente, Margarita se robó los zapatos de tacón de su hermana. Estaba segura de que, si lograba caminar con ellos, sus caderas aprenderían a moverse con gracia. Podía jurar que

con una tarde de entrenamiento lograría caminar como las modelos en las pasarelas, derrochando a su paso belleza y seguridad. Se haría notar por los chicos y chicas de todo el colegio, de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y, tal vez, de toda la Vía Láctea.

Caminar con tacos no era una tarea fácil. Las flacas piernas de la chica cedían ante el peso de los zapatos, pero poco a poco lo logró. Quien la hubiera visto habría pensado que tenía el caminado del Hombre Araña con muletas, aunque ella se sentía genial. Para aumentar su *glamour*, Margarita decidió ponerse un atuendo espectacular, y para ello nada mejor que la salida de cama color rosa que su madre había comprado en París, ciudad que visitó hace un millón de años. Larga y con varias capas de distintas telas (cada una más vaporosa que la otra y, por si fuera poco, de distintos tonos de rosa), finos encajes en el pecho y mangas bombachas, era la prenda de vestir más linda y exclusiva de todas las que su mamá llamaba «ropa de *de repente*».

Luego de varias horas de repasar frente al espejo los pasos elegantes y el andar hechizante, Margarita decidió probar en las gradas. Hizo un primer intento agarrándose con fuerza del pasamano. El reto fue superado con éxito. Después trató topándolo apenas con

las yemas de los dedos. Ahora sí parecía una modelo profesional. Esto le dio seguridad, por lo que quiso probar suerte sin sujetarse. Cuando se disponía a bajar saludando al estilo Miss Universo, oyó que la puerta se abría y que Celia entraba cantando. Margarita voló a poner los zapatos de tacón en su sitio y a guardar la salida de cama francesa venida en el siglo pasado.

12

Al otro día le tocaba a ella salir de compras. Nada en la vida le parecía peor. Pensaba que los centros comerciales eran los lugares más feos, más ruidosos, más impersonales y más desangelados de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y, tal vez, de toda la Vía Láctea.

—Margui, apúrate, hijita. Este año tengo que comprarte de todo, como has crecido más de dos centímetros...

—¿Y si va Celia? Ahora medimos casi lo mismo. Solo me pasa con ocho centímetros, ma.

—¡Vaya que has amanecido inteligente, enana! —dijo su malvada hermana, a quien sí le gustaba salir de compras, y se fue con su mamá.

Margarita no podía creer lo fácil que le había resultado escabullirse, pero, al subir las gradas, se topó con la abuela, que no tenía la más mínima intención de dormir.

—Abuela, ¿no vas a hacer siesta?

—No, hijita, voy a tejer.

—Mejor juguemos Scrabble, abuela.

—¿Cuál es Scrabble? ¿Ese juego adefesioso de las palabras cruzadas? No, ese me da sueño.

—¡Por eso mismo!

—¿Qué estás tramando, hija? No me vendrás con tus travesuras, ya estás grandecita. Este año irás a la secundaria y debes moderarte.

—Eeeh, no... Yo solo decía que, por eso mismo, era adefesioso, que mejor leamos juntas.

—Eso también me da sueño, aunque no me puedo negar a tan buen plan.

Margarita comenzó a leer y el efecto somnífero fue casi inmediato. La abuela empezó a roncar antes de terminar el primer capítulo. Entonces, Margarita voló a los clósets de su mamá y su hermana a tomar la vaporosa salida de cama y los zapatos de tacón. A su paso veloz, se miró en el espejo y decidió que algo de maquillaje no le vendría mal. Se pintó los labios de un rojo intenso, se puso el larguísimo collar de bolitas doradas de su mamá y empezó a repasar su andar seductor.

Repitió el ejercicio del día anterior para asegurarse de hacerlo bien: primero en plano, luego en las gradas agarrándose fuertemente, después levemente; finalmente, saludando al estilo reina de belleza. Al terminar la rutina se percató de que su

mirada se fijaba en el piso. Así no impresionaría a nadie, tenía que ver al frente y sonreír. ¡Cómo se le había olvidado un detalle taaan importante!

Empezó de nuevo. No era fácil mirar al frente, sonreír, sostener con una mano la larga bata y dar el paso. ¡Qué va! Era difícilísimo, pero como siempre repetía la abuela: «La constancia vence lo que la dicha no alcanza».

14

Comenzó a bajar y subir las gradas bien agarrada del pasamano y poco a poco se fue soltando. Hacia el final de la jornada ya había logrado bajar con aire, sonrisa y saludo de reina. Vio la hora y decidió intentarlo una vez más, ¡esa desgraciada vez en la que el diablo mete la mano! La princesa del cuento estaba bajando cuando pisó con el taco el filo del traje francés. Intentó sujetarse, pero la mano se le enredó en el largo collar de bolitas doradas y el taco del otro zapato cedió y se partió en dos. Los velos se confabularon para volar vaporosos y taparle la cara mientras Margarita volaba por los aires y rodaba las gradas. En cámara lenta y como si fuera un sueño de terror, escuchó cómo el taco rasgaba la fina y parisina salida de cama, cómo salían disparadas e incontrolables las bolitas doradas del collar y cómo ella, aparatosa-mente, se estampaba contra la pared del descansillo de la grada.



Muestra
Promocional

Prohibida
su venta
Santillana

El grito de la abuela, al despertarse asustada sin saber qué había sido el ruido que acababa de oír, se juntó con el grito de doña Clotilde, al abrir la puerta y ver a su hija despanzurrada en el piso, para formar el más horrendo y destemplado cacareo que se oyera jamás en toda la casa, en toda la ciudad, en todo el país, en todo el continente, en todo el mundo y, tal vez, en toda la Vía Láctea.

—¡Mis zapatos de tacón, hechos trizas! —empezó Celia.

—¡Mi salida de cama de París! —continuó doña Clotilde.

—¡Mi alfombra persa ensangrentada! —finalizó la abuela.

Margarita se sentía demasiado mal como para darse cuenta de la poca solidaridad de su familia. De pronto, escuchó la voz de su ángel salvador:

—Hijita, ¿qué te pasó?!

El doctor Marquito intentó limpiar las heridas y curarlas en la casa. Fue imposible: tuvieron que llevar a la chica al hospital, pues tenía hasta la lengua partida.

Esa noche durmió en el centro de salud. El papá velaba su sueño cuando ella se despertó atemorizada.

—¡Bernal, Bernal! ¿Por qué haces todo mal? —la saludó con una enorme sonrisa.

Ella, aunque le costaba mucho hablar, le contó a medias lo sucedido. No le dijo que repasaba para deslumbrar a los chicos y chicas del colegio con su nueva forma de caminar de señorita grande, sino que jugaba a las princesas.

—¿No estás un poco grande para eso? Tú ya tienes el corazón noble de una princesa, una princesa reencauchada, pero princesa al fin —rió su padre a carcajadas.

El doctor Marquito le enumeró toodo lo que tenía parchado: seis puntos en la cabeza (con la consiguiente rasurada y un ojo morado), dos puntos en la lengua (con las consecuentes tartamudez e hinchazón de la boca), yeso en el tobillo derecho, el brazo izquierdo inmovilizado...

—Y el orgullo desbaratado —concluyó Margarita echándose a llorar en los brazos de su papá.



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

La verdadera heroína



A la vuelta del hospital, Margarita se topó con un cuadro patético. Su mamá intentaba coser las telas rasgadas de su amada salida de cama; la abuela, en cuatro, intentaba sacar con vinagre las manchas de sangre de la pequeña y finísima alfombra del descanso de la grada, y Celia pescaba las bolitas doradas del collar que se habían metido entre los cojines de un sillón, debajo de las barrederas y encima de una hermosa planta venenosa que causaba picazón si se la tocaba. 19

—¡Enana, volviste! Ya puedes ayudar a pescar las bolitas del collar que cayeron en la planta. Je, je, je.

—¡Mi pequeña traviesa!

La abrazó su mamá.

—¡Jesús y Dios! ¡Esta niña está hecha un Cristo!
—exageró la abuela.

—*Me foy a acoshtá'* —dijo tartosamente la convaleciente.

—Ah, ah, ah, nada de: «Me voy a la cama». Tienes que hablar y caminar para que estés bien para el ingreso al colegio el lunes. Ni crea que va a faltar, señorita —aclaró su papá.

—¿Se va a ir hecha un esperpento? No seas así, pa. Vas a arruinar su vida social antes de empezar la secundaria.

20

—Nadie arruinará nada, un accidente lo tiene cualquiera y ella tiene que asumir las consecuencias de sus actos —concluyó doña Clotilde con la firmeza del general Napoleón Bonaparte.

El lunes se acercaba peligrosamente, el moretón del ojo no cedía y la poca fluidez de sus palabras era realmente dramática. ¡Pobre Margarita! Ella, que quería deslumbrar con una entrada triunfal y gloriosa, ahora vivía una tragedia. Si al menos pudiera contar su historia inventando algo para quedar de heroína... pero ni eso. Oírla hablar causaba risa y vergüenza.

El domingo en la noche, Celia le gastó una broma muy pesada. Elaboró un cartel que decía:



**CASI CIEGA, UN POCO SORDA
Y TOTALMENTE MUDA**